

cir, los textos no corresponden literalmente en su totalidad a lo que se indica en el título. Por lo que éste puede resultar engañoso a primera vista. Y digo «a primera vista», porque si ahondamos en el sentido de los distintos fragmentos seleccionados por el equipo de Comunicación, veremos que todos, incluso aquellos que parecen más alejados del tema central, están de un modo u otro justificados.

Así ocurre, por citar un ejemplo, con el excelente pasaje de **La cuestión judía**, donde Marx, en respuesta a Bauer, analiza el papel del Estado en relación con la propiedad privada, cuya pertinencia se niega en la esfera política para mejor garantizarla, sin embargo, en la sociedad civil. O aquellos otros fragmentos, donde el autor de **El capital** aborda las consecuencias negativas de la división del trabajo —y su otra cara, la propiedad privada— sobre el individuo: el taller es una máquina cuyas piezas son hombres; la manufactura mutila al obrero al convertirlo en un obrero parcial (a diferencia del artesano); la libertad del obrero, frente al esclavo o al siervo de la gleba, consiste en poder vender parte de su vida al mejor postor, etc.

En efecto, la división del trabajo está en la base misma del tipo de enseñanza que Marx y Engels van a criticar de modo directo y concreto en otros lugares de su obra. Enseñanza que tiene una doble vertiente: por un lado, el adiestramiento o la cualificación profesional del obrero, busca convertir a éste en una simple pieza intercambiable de un gran mecanismo generador de plusvalía; por otro lado, un hábil adoctrinamiento moral o ideológico servirá para garantizar la docilidad de esa pieza humana, es decir, su integración en el sistema.

Junto a esos primeros textos de carácter más general, se incluyen en la antología otros pasajes que sí se refieren directamente al tema educativo. Más coyunturales, por los hechos que los inspiran, estos fragmentos constituyen una acerada crítica de las condiciones de explotación de los menores de edad —y del conjunto del proletariado— en la Inglaterra industrial que conocieron Marx y Engels.

Sometido a jornadas de trabajo de hasta dieciséis horas, el niño de aquella incipiente sociedad industrial se encuentra no sólo imposibilitado de desarrollar sus habilidades

manuales, sino que también su capacidad intelectual se ve castrada. Obligado a realizar una y otra vez sin descanso los mismos movimientos mecánicos, no puede, sin embargo, ocupar su espíritu en otras cosas. Las llamadas «leyes fabriles» apenas representan una solución, pues sólo obligan, de hecho, a encerrar al niño durante cierto número de horas en un cuchitril llamado escuela, a cuyo frente figura un adulto, autotitulado maestro, pero que en muchos casos apenas sabe escribir, y que únicamente se ocupará de inculcarle al menor los rígidos e hipócritas principios morales de la burguesía victoriana.

Si bien este mundo de Charles Dickens está hoy afortunadamente superado, al menos en nuestras latitudes, y la crítica al respecto de Marx y Engels ya sólo tiene valor como testimonio de la preocupación humanitaria que la alienta, otras reflexiones de estos autores en torno al tema de la enseñanza siguen teniendo aquí y ahora singular vigencia. Así ocurre, por ejemplo, con el clarividente rechazo por parte de Marx de una educación popular dirigida por el Estado, tal y como se expresa en ciertos pasajes de la **Crítica del programa de Gotha** o de **La Guerra civil en Francia**.

Marx y Engels supieron comprender con clarividencia el peligro potencial de que un Estado tuviese a su servicio y bajo su control todo un aparato

escolar. Otra cosa era que el Estado llevase a cabo sobre éste una función simplemente fiscalizadora, que cuidara de que en todos los centros se cumplieran las prescripciones legales en materia educativa.

Puede argüirse, como lo hace el prologuista de la antología, que en el Estado actual no aparece de forma tan monolítica su carácter de clase como en el que conocieron los autores de **El Manifiesto comunista**. Esta constatación no invalida, sin embargo, sus planteamientos críticos. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

PARA LEER AL PATO DONALD

Durante el gobierno de la Unidad Popular, en Chile, desde 1970 a 1973, uno de los principales problemas que se plantearon las fuerzas políticas que buscaban un cambio en la sociedad fue el de los medios de comunicación de masas. En ese período se realizaron numerosos trabajos de investigación sobre la cuestión. Armand Mattelart, experto belga en comunicaciones, y el crítico literario y novelista chileno Ariel Dorfman escribieron entonces un libro analizando las historietas y muñequitos de Walt Disney. Dicho libro, titulado **Para leer al Pato Donald** se publicó primero en Chile, pero fue prohibido luego del golpe militar de 1973. Posteriormente se editó en Argentina donde corrió igual suerte. Singularmente, **Para leer al Pato Donald** estuvo también prohibido en los Estados Unidos durante casi dos años, ya que se impusieron trabas para que la edición realizada en Gran Bretaña circulara en ese país. Ahora acaba de ser editado en España.

Este ensayo analítico-crítico sobre los medios de comunicación de masas, en general, y sobre un cómic, en particular, tuvo gran repercusión en el contexto chileno y trascendió las fronteras provocando la aparición del tendencioso titular «El Pato Donald contra Allende», en el **France Soir**, el periódico de mayor tiraje en Francia. Héctor Schmucler, director de la revista **Comunicación y Cultura**, de Buenos Aires, explica de la siguiente forma la trascendencia otorgada a este trabajo sobre el mun-

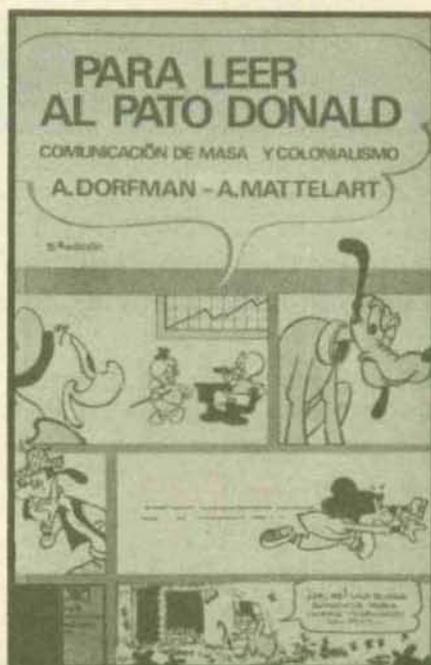


dialmente famoso personaje de Disney: «Lo indiscutible se pone en duda: desde el derecho a la propiedad privada de los medios de producción hasta el derecho a mostrar como pensamiento natural la ideología que justifica el mundo creado alrededor de la propiedad privada. El cuestionar los pilares de un ordenamiento que reclama puntos de apoyo inamovibles (ahistóricos, permanentemente verdaderos) compromete su estabilidad».

«Es por eso que —continúa Schmulcler— la defensa airada de la manera de entretener señala, por contrapartida, la negativa a aceptar otras, su conformidad con la existente». De allí se deriva que «el problema deja de ser marginal y se vuelve político, muestra su gravedad. La frivolidad deviene cuestión de estado. No es lo mismo el mundo con el Pato Donald que sin él».

Porque hablar del Pato Donald es hablar del mundo cotidiano, del deseo, del hambre, la alegría, la tristeza, el amor; en una palabra, la vida concreta de los hombres, de su manera contradictoria de estar en el mundo. Una tira cómica, pese a su carácter de producto subcultural, es una producción intelectual que refleja una visión del mundo y se ordena dentro de un código social. Hay un mundo productor de determinada cultura y de determinación tipo de pensamiento. Pensamiento del cual Donald —y toda la línea de personajes de Disney— vendría a presentarse como metáfora.

A partir del Pato Donald, Mattelart y Dorfman se remiten a la cuestión del papel de reproductores de ideología que pueden jugar estas tiras cómicas que en apariencia no tienen esa intención. Es así que la mercantilización de las relaciones humanas es uno de los primeros ejes que orientan su análisis. El afán de dinero de Tío Gilito, por ejemplo, explican los autores, es apenas una perversión individual: la del avaro que se fascina en la contemplación de su fortuna, pero no la utiliza. El dinero pierde su relación fetichizante con el poder y se convierte en un problema de psicología individual. «Hay un desfase —dicen Mattelart y Dorfman— entre la base económico-social en que vive cada individuo y el estado de las representaciones colectivas, y es precisamente lo que asegura la eficacia de Disney y su poder de penetración en la mentalidad comunitaria,



en los países latinoamericanos dependientes». Porque bajo la cobertura de la animalidad, el infantilismo y el buensalvajismo, los comics están defendiendo la trama de intereses de un sistema social históricamente determinado y concretamente situado: el imperialismo norteamericano.

Pero el análisis de **Para leer al Pato Donald** no termina allí. Por el contrario, prosigue hasta mostrarnos la otra cara de la moneda. Donald, el Tío Gilito, los sobrinos, el Ratón Mickey, pasan de la historieta al mundo de los niños penetrando imperceptiblemente a través de los canales de la formación de su estructura mental. El modelo de relación de la revista pasa a ser el modelo de las relaciones inmediatas del niño. El mundo cotidiano y el mundo de la fantasía se fusionan y se pueblan con estos actores del mundo-Disney que plantean una representación falsa de la realidad para los actores verdaderos. «Más allá de la cotización bursátil —afirman los autores— las creaciones y símbolos de Disney se han transformado en una reserva incuestionable del acervo cultural del hombre contemporáneo: los personajes han sido incorporados a cada hogar, se cuelgan en cada pared, se abrazan en los plásticos y las almohadas, y a su vez ellos han retribuido invitando a los seres humanos a pertenecer a la gran familia universal Disney, más allá de las ideologías».

Al abordar la cuestión en el plano de la mentalidad infantil se puede apreciar cómo los valores del mundo

adulto, y más allá, el de los países con una estructura económico-política y social dependientes, aparecen sin disfraz y sin paliativo. En una ocasión el Pato Donald dice: «Mi perro llega a ser un salvavidas famoso y mis sobrinos serán brigadieres generales. ¿A qué mayor honor puede aspirar un hombre?». En otra historieta el Tío Gilito le dice a Donald: «Bueno, esto es democracia. Un millonario y un indigente girando en el mismo círculo», cuando ambos han caído en un remolino.

Pero no se trata tan sólo de que lo que se dice del niño se piensa del buen-salvaje, y lo que se piensa del buen-salvaje se piensa del subdesarrollado; «lo que se piensa, dice, muestra y disfraza de todos ellos —sostienen los autores— tiene en realidad un solo protagonista verdadero: el proletariado». Y más adelante: «**Lo imaginario infantil es la utopía política de una clase.** En las historietas de Disney, jamás se podrá encontrar un trabajador o un proletario, jamás nadie produce industrialmente nada. Pero esto no significa que esté ausente la clase proletaria. Al contrario: está presente bajo dos máscaras, como buen-salvaje y como criminal-lumpen. Ambos personajes destruyen al proletariado como clase, pero rescatan de esta clase ciertos mitos que la burguesía ha construido desde el principio de su aparición y hasta su acceso al poder para ocultar y domesticar a su enemigo, para evitar su solidaridad y hacerlo funcionar fluidamente dentro del sistema, participando en su propia esclavización ideológica».

Para muchos las historietas de Disney siguen perteneciendo a la esfera de una inocente diversión infantil; Mattelart y Dorfman vienen a cuestionar, polémicamente, este criterio. Para ellos la historieta y el ocio, en tanto distintas formas de producción cultural, tienen relación con la historia. Y como señala el prologuista: «Desde la circunstancia chilena donde surgió, **Para leer al Pato Donald** se define como un instrumento claramente político de denuncia de la colonización cultural común a todos los países latinoamericanos. De allí su tono parcial y polémico, la discusión apasionada que recorre sus páginas, su declarada vocación de ser útil que le hace prescindir de preciosismos eruditos». ■ GRACIELA COLOMBO.